

declaró después en sus cartas, un instrumento puesto en las manos del Todopoderoso para cumplir sus altos designios.

Fernando conocía demasiado á los hombres, para no apreciar el carácter de Colon. Percibió desde luego que por atrevidos que fuesen sus proyectos, y por magníficas que fuesen sus teorías, estribaba el plan en fundamentos científicos y prácticos. La posibilidad de hacer descubrimientos mas importantes aun que los que habian engrandecido al Portugal halagó su ambición. Se mantuvo, sin embargo, como lo tenia de costumbre, frio y cauteloso, y resolvió oír la opinión de los hombres mas sabios del reino, antes de adoptar una resolución definitiva. Refirió consiguientemente el negocio á Fernando de Talavera, mandándole juntar en asamblea los astrónomos y cosmógrafos mas entendidos de España, para que tuviesen una conferencia con Colon, examinasen las bases de su teoría, consultasen después entre ellos y expusiesen su opinión.

CAPITULO IV.

COLON ANTE EL CONSEJO DE SALAMANCA.

En la ciudad de Salamanca fue donde se celebró la interesante conferencia sobre la proposición de Colon. Hospedóse Colon en el convento de dominicos de San Estévan, donde fue dignamente tratado, y en el mismo edificio tuvo lugar el famoso exámen.

La religión y la ciencia estaban en aquella época, sobre todo en España, íntimamente unidas. Existían los tesoros del saber casi exclusivamente en los claustros de los monasterios. El dominio del clero se extendía al estado, lo mismo que á la Iglesia, y los empleos de honor y de influjo de la corte se confiaban, casi todos, á los eclesiásticos y á la nobleza hereditaria. Frecuentemente se veían cubiertos con los arcos militares, á los que se hallaban investidos con las primeras dignidades de la Iglesia. Aquella edad se distinguía por el renacimiento de las letras, y mas aun por la preponderancia del celo religioso; y España sobrepasaba á todas las naciones de la cristiandad en el fervor de su fé. La inquisición acababa de establecerse en el reino, y eran temibles sus fallos para cuantos manifestaban opiniones de cualquier modo heterodoxas.

Con estas ligeras pinceladas dejamos descrita la época en que un consejo de sabios eclesiásticos se juntó en el convento y colegio de S. Estévan para examinar las nuevas teorías de Colon. Formaban la asamblea profesores de astronomía, geografía, matemáticas y otros ramos de ciencias, varios dignatarios de la Iglesia, y muchos doctos religiosos. Delante de esta erudita sociedad se presentó Colon á establecer y defender sus conclusiones. Las gentes vulgares é ignorantes le habian escarnecido, y mofándose de sus proyectos; pero él estaba penetrado de que como lo-grase hacerse oír de una corporación científica, esta fé haría justicia, dando crédito á sus proyectos calificados, por el vulgo necio, de insensatos.

La pluralidad de los vocales estaba probablemente preocupada contra él, como suelen los altos empleados y funcionarios contra los pretendientes pobres. Hay también cierta tendencia á considerar al hombre á quien se examina, como una especie de delincuente ó impostor, cuyas faltas ó errores van á descubrirse para hacerlos públicos. Colon apareció, además, bajo los peores auspicios delante de aquel cuerpo escolástico: él era un marino extranjero y desconocido, que no pertenecía á ninguna corporación literaria y que carecía de los medios necesarios para ostentar ese lujo y boato que dan á veces autoridad á la estupidez.

Muchos vocales le tenían por un aventurero; ó cuando mas por un visionario; y otros se sentían predispuestos contra toda innovación de las doctrinas establecidas. ¡Qué admirable espectáculo debió pre-

sentar el antiguo salon del convento en tan memorable conferencia! Un simple marinero levantando la voz en medio de aquel imponente concurso de profesores, religiosos y dignatarios eclesiásticos, sustentando con natural elocuencia su teoría, y defendiendo, por decirlo así, la causa del Nuevo Mundo! Dícese que al empezar su discurso, todos dejaron de prestarle atención menos los frailes de S. Estévan, por poseer aquel convento mas conocimientos científicos que el resto de la universidad. Los mas rudos ó mas fanáticos se habian atrincherado en este argumento que, ¿después que tantos y tan profundos filósofos y cosmógrafos habian estudiado la forma del mundo, y tan hábiles marinos navegado sus mares por millares de años, habia venido á ocurrírsele á un oscuro aventurero suponer que le estaba á él reservado el hacer aun vastos descubrimientos? Muchas de las objeciones y reparos puestos por aquella docta corporación, han llegado hasta nosotros, y excitado mas de una sonrisa á expensas de la universidad de Salamanca. Pero no debemos juzgar á los miembros de aquel instituto sin tener muy presente la época en que vivieron. Vagando los hombres en un laberinto de controversias sutiles, habian retrogradado en su carrera y retrocedido de la línea limítrofe del antiguo saber. Así al iniciarse la discusión se vió Colon atacado no por principios geográficos, sino por abstracciones, citas y argumentos de varios escritores sagrados. Se mezclaban los sistemas de las diferentes escuelas con las discusiones filosóficas; y se concedían las demostraciones geométricas tan solo cuando no se oponían las interpretaciones de los textos que se citaban. Así, la posibilidad de los antipodas en el hemisferio del Sur, opinión tan generalmente admitida por los filósofos mas sabios de la antigüedad, que la nombró Plinio en la gran disputa entre doctos é ignorantes, fue la mayor dificultad que presentaron muchos letrados de Salamanca. No faltó quien contradijó las bases de la teoría de Colon, con citas de Lactancio y de S. Agustín, consideradas casi como autoridad evangélica.

El pasaje citado de Lactancio para relutar á Colon es un conjunto de amargas invectivas, poco dignas de tan grave teólogo. «¿Habrá alguno tan necio, pregunta, que crea que hay antipodas con los pies opuestos á los nuestros; gente que anda con los talones hácia arriba y la cabeza colgando? ¿Que hay una parte del mundo en que todas las cosas están al revés, donde los árboles crecen con las ramas hácia abajo, y adonde llueve, graniza y nieva hácia arriba? La idea de la redondez de la tierra, añade, fue la causa de inventar esta fábula de los antipodas con los talones por el viento; porque los filósofos que una vez han errado, mantienen sus absurdos, deliniéndolos unos con otros.» Mas graves dificultades se produjeron con la autoridad de S. Agustín, acerca de si la doctrina de los antipodas es compatible con las bases históricas de nuestra fé; pues que asegurar que habia habitantes en el lado opuesto del globo, sería mantener la existencia de naciones no descendidas de Adán, siendo imposible haber pasado el interpuesto Océano. Esto equivaldría por lo tanto á desmentir á la Biblia que asienta explícitamente, que toda la familia humana descende de un mismo padre.

Tales argumentos, que ciertamente tenían mas de piadosos que de científicos, tuvo Colon que combatir al principio de la conferencia. A la mas sencilla de sus proposiciones, la forma esférica de la tierra, le opusieron interpretaciones de textos de la Escritura. Argüían que se dice en los Salmos, que están los cielos estendidos como un cuero; esto es, según los comentaristas, como la cortina ó cubierta de una tienda de campaña, que entre las antiguas naciones pastorales se formaba de pieles de animales; y añadían, que S. Pablo, en su epístola á los hebreos, compara los cielos á un tabernáculo ó tienda extendida sobre la tierra, de donde inferían que

debería esta ser plana. Colon, que era sinceramente cristiano, temió ser acusado no ya de error, sino de heterodoxia. Otros mas versados en las ciencias, admitían la forma globular en la tierra, y la posibilidad de un hemisferio opuesto habitable; pero renovaban la quimera de los antiguos, manteniendo que sería imposible llegar á él, en consecuencia del calor insostenible de la zona Tórrida. Aun concediendo que esta pudiese pasarse, sostenían que atendiendo á la inmensa circunferencia de la tierra serian necesarios lo menos tres años para el viaje; y los que lo emprendieran perecerían de sed y de hambre, por la imposibilidad de llevar víveres para tan larga jornada. Se le dijo, con la autoridad de Epicuro, que admitiendo que la tierra fuese esférica, solo el hemisferio del norte era habitable, y que solo él estaba cubierto por los cielos; que la otra mitad era un caos, un golfo ó un mero desierto de aguas. Ni fue una de las objeciones menos absurdas que le pusieron, la de que aun suponiendo que el bajel llegase por aquel camino á las extremidades de la India, nunca podría volver; porque la convexidad del globo le pondría delante una altura tal que haría imposible el regreso, aun cuando el viento no fuese contrario.

Hé aquí algunos ejemplos de los errores y preocupaciones, del compuesto de ignorancia y de ciencia y de la pedantesca presunción, con que se vió precisado á luchar Colon durante el exámen de su teoría. ¿Cómo podemos admirarnos de las dificultades y dilaciones que sufría en las cortes, cuando hasta los sabios de las universidades estaban atrasados? No supongamos, empero, que porque las objeciones que aquí se citan, son las solas que quedan, serian las únicas que le pusieron: estas se han perpetuado por su sobresaliente estupidez. Es probable, que pocos pondrían tales reparos, y saldrían estos de personas entregadas á estudios teológicos, retiradas en sus claustros donde no tendrían ocasión de rectificar por la experiencia del siglo, las opiniones erróneas de los libros. Es de presumir que se hayan hecho otras objeciones mas razonables y mas dignas de la ilustración española de aquel siglo, representada por los sabios de Salamanca. Y debe también añadirse en justicia, que las réplicas de Colon tuvieron grande peso para con muchos de sus examinadores. En respuesta á las objeciones fundadas en la Escritura dijo: que los inspirados autores á que se referían, no hablaban técnicamente como cosmógrafos, sino figuradamente, y en lenguaje dirigido á todas las comprensiones. Los comentaristas de los Padres los trató con la deferencia que se debe á piadosas homilias; pero no como proposiciones filosóficas que era preciso ó admitir ó negar. A los reparos sacados de los filósofos antiguos respondió osada y hábilmente en términos iguales, como quien está profundamente instruido en todos los puntos de la cosmografía. Demostró que los mas distinguidos de aquellos sabios creían que habia habitantes en uno y otro hemisferio, aun cuando supusiesen que la zona Tórrida hacia imposible la comunicación entre ambos: dificultad que el zanjaba concluyentemente, porque habiendo estado en S. Jorge de la mina en Guinea, casi bajo la línea equinocial, habia visto que aquella región no era solo atravesable, sino abundante en gentes, frutos y pastos. Cuando Colon se presentó ante el docto colegio, no tenía otra apariencia que la de un sencillo y simple navegante, algo intimidado quizá por la grandeza de su obra, y la augusta investidura de su auditorio. Pero poseía cierto fondo de sentimientos religiosos, que le dieron confianza en la ejecución de su grande obra, siendo uno de aquellos temperamentos ardientes, que se inflaman por la acción de su propio fuego. Las-Casas, y otros contemporáneos, han hablado de su imponente presencia, de su elevado continente, de su aire de autoridad, de su animada vista y de las persuasivas entonaciones de su voz; ¡Cuánta

magestad y fuerza debieron adquirir sus palabras, cuando arrojando los mapas y olvidándose por un instante de su ciencia geográfica, inflamado su ánimo sublime, al oír las objeciones doctrinarias de sus oponentes, les salió al encuentro con textos de la Escritura, y con aquellas predicciones misteriosas de los profetas, que en su entusiasmo consideraba como anuncios de los grandiosos descubrimientos que proponía!

Entre muchos á quienes convencieron los ratiocinios, é inflamó la elocuencia de Colon, se menciona á Diego de Deza, digno y docto religioso del orden de Sto. Domingo, entonces catedrático de teología del convento de S. Estévan, y después arzobispo de Sevilla. Este erudito sacerdote poseía un entendimiento libre de preocupaciones y sutilezas escolásticas, y apreciaba la sabiduría, aunque no se encubriese bajo el birrete doctoral. No fue por consiguiente espectador pasivo de esta conferencia; sino que tomando un generoso interés en la causa de Colon, y favoreciéndola con todo su influjo sosegó el ánimo alborotado de sus fanáticos compañeros, y pudo conseguirle una tranquila, ya que no una imparcial audiencia. Con sus unidos esfuerzos se dice que atrageron á su opinión á los hombres mas profundos de las escuelas. Difícil fue conciliar el plan de Colon con la cosmografía de Ptolomeo, tan importante para todos los escolares. ¡Cuán sorprendido hubiera quedado el mas inteligente de aquellos sabios, si alguien le hubiese dicho que ya existía Copérnico, el hombre cuyo sistema solar destruiría la grande obra de Ptolomeo, que fijaba la tierra en el centro del universo!

En esta erudita corporación, que miraba con desprecio las proposiciones de un extranjero pobre y desconocido, preponderaba siempre una masa de preocupación y orgullo. «Fue preciso, dice Las-Casas, antes de que Colon pudiese hacer entender sus conclusiones y ratiocinios, desarraigar de los oyentes aquellos principios erróneos, en que fundaban sus objeciones; operación siempre mas difícil que la de la simple enseñanza.» Se verificaron varias conferencias, pero sin resultado alguno. Los ignorantes, ó lo que es aun peor, los preocupados se mantenían obstinadamente en su oposición, con la porfada perseverancia de la estupidez: los mas liberales é inteligentes tomaban poco interés en discusiones de suyo cansadas y extrañas á sus ocupaciones ordinarias; y hasta aquellos que aprobaron el plan, lo consideraban solo como una visión deliciosa, llena de probabilidades y promisión, pero que nunca se realizaria. Fray Fernando de Talavera, á quien el asunto estaba especialmente cometido, le tenía en poquísima estima, y se hallaba demasiado ocupado con el movimiento y bullicio de los negocios públicos, para empeñarse en su conclusión; y así se dilataba cada día mas el exámen.

CAPITULO V.

NUevas INSTANCIAS A LA CORTE DE CASTILLA.—COLON, SIGUE LA CORTE EN SUS CAMPAÑAS.

(1487.)

Las consultas del consejo de Salamanca se interrumpieron al principio de la primavera de 1487, por la salida de la corte para Córdoba, adonde la llamaban los negocios de la guerra, y la memorable campaña de Málaga. Fray Fernando de Talavera, ya obispo de Avila, acompañó á la reina como su confesor. Por mucho tiempo siguió Colon indeciso, las marchas y los movimientos de la corte. A veces cobraba ánimo con la halagüeña esperanza de que su proyecto iba á ser benévolutamente acogido, habiéndose nombrado juntas que conferenciasen acerca de él; pero los disturbios militares que arrebataban la corte de un lugar á otro; con la precipitación y bullicio de un campo guerrero, impedían todas las cuestiones

de secundaria importancia. Se ha supuesto generalmente que los muchos años que perdió Colon en estas fatigosas pretensiones, los pasó en la monótona ociosidad de las antesalas; pero al contrario, estuvo todos ellos rodeado de escenas de peligro y aventura; y en la continuación de su solicitud se vió en las mas importantes situaciones de aquella áspera y bizarra guerra de las montañas. Cuando había un intervalo de descanso, se empezaba á tratar de su negocio; pero la precipitación y tempestad volvían, y le acallaban de nuevo. En el discurso de todo este tiempo experimentó las mofas é indignidades de que se quejaba despues; le ridiculizaban los lijeros de cabeza y los ignorantes como á un mero soñador y le inflamaban los poco generosos como á un indigente aventurero. Era tan general la opinion de que estaba loco, que, al pasar los muchachos á su lado se tocaban la cabeza para mofarse de su extravío mental. Durante la prolongada pretension de que hablamos, costeaba en parte sus gastos dibujando mapas y planos. El digno fray Diego de Deza le asistía á veces con su bolsa y con sus buenos oficios para con los soberanos. Fue parte de este tiempo huésped de Alonso de Quintanilla, y vivió largo período á expensas del duque de Medinaceli, grande de España de inmensas posesiones, y aficionado á las empresas marítimas.

Debe añadirse, en honor de la memoria de los soberanos, que mientras Colon estaba en esta incertidumbre, formaba parte de la comitiva real, se destinaban algunas sumas para sus gastos, y se le daba alojamiento, cuando se le mandaba seguir la corte, ó asistía á las consultas que de tiempo en tiempo se tenían. En el libro de cuentas de Francisco Gonzalez de Sevilla, uno de los tesoreros reales hallado últimamente en los archivos de Simancas, existen anotadas algunas de las expresadas sumas. De estas mismas minutas podemos servirnos nosotros para observar los pasos de Colon en la corte.

Una de las partidas es de dinero suministrado para su viaje á la corte, entonces acampada enfrente de Málaga, en el memorable sitio de 1487, cuando fue aquella ciudad tan obstinada y fieramente defendida por los moros. En el discurso de este sitio estuvieron sus negociaciones en peligro de cerrarse violentamente. Un moro fanático intentó asesinar á Fernando y á Isabel. Habiendo equivocado la tienda real, atacó á don Alvaro de Portugal, y á doña Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya, en lugar del rey y de la reina. Despues de herir peligrosamente á D. Alvaro, dió un golpe en vago á la marquesa y murió hecho pedazos por los circunstantes. Era la marquesa señora de extraordinario mérito y fuerza de carácter, y favorita especial de la reina y á quien recomendó con empeño la solicitud de Colon, interesándose vivamente por ella.

La campaña acabó con la toma de Málaga. Mientras duró su sitio, la proposición de Colon debió estar olvidada, aunque fray Fernando de Talavera, el obispo de Avila, estaba presente, como se infiere de su entrada en la rendida ciudad en solemne y religioso triunfo. Málaga se rindió en 18 de agosto de 1487, y la corte tuvo apenas tiempo para volver á Córdoba, cuando la arrojó de ella la peste.

Los soberanos pasaron el invierno en Zaragoza, ocupados en varios negocios públicos de importancia; penetraron en los territorios moriscos por el lado de Murcia la próxima primavera, y despues de una corta campaña se retiraron á Valladolid á pasar el invierno siguiente. Por una orden de pago de tres mil maravedises, fecha en junio de 1488, se cree que Colon acompañaba á la corte en sus viajes; pero no se sabe positivamente que lo hiciese. Mas ¿qué pacífica audiencia podia esperarse de una corte siempre de marcha, y siempre entregada á los cuidados y bullicio de armas?

Pero es sumamente probable, que á pesar de estas irremediables dilaciones, se le animaba en sus esperanzas. Aquella primavera recibió una carta de Juan II, rey de Portugal, fecha 20 de marzo de 1488, proponiéndole volver á su corte, y ofreciéndole su protección contra cualquier proceso civil ó criminal que pudiese estar pendiente contra él. Esta carta aparece, por su tenor, respuesta á otra en que Colon había empezado negociaciones para su vuelta. Este no juzgó conveniente acceder á las ofertas del monarca.

En febrero de 1489 salieron los reyes de Valladolid para Medina del Campo, donde recibieron una embajada de Enrique VII de Inglaterra, con quien formaron alianza. No se sabe si por aquel tiempo tuvo Colon alguna contestación á sus instancias á la corte inglesa. Lo que sí se sabe de positivo, porque así consta en una carta escrita por él á Fernando é Isabel es, que mientras duraron sus negociaciones, tuvo algunas cartas favorables de Enrique VII.

Los soberanos españoles volvieron á Córdoba en mayo; y se cree que se renovaron entonces los asuntos de Colon, y que se dieron pasos para abrir otra vez la por tanto tiempo propuesta investigación. Diego Ortiz de Zúñiga dice en sus anales de Sevilla, que escribieron los monarcas á aquella ciudad mandando que se suministrasen alojamientos á Cristóbal Colon, que venía á la corte para una conferencia de momento. Obedeció Sevilla la orden; pero no tuvo lugar la conferencia, por haberla interrumpido la campaña, en que, añade el mismo autor, «se encontró al dicho Colon peleando, y dando pruebas del distinguido valor que acompañaba á su sabiduría, y á sus elevados deseos.» Una real orden existe tambien, quizá la carta á que se alude arriba, fecha de Córdoba, á 12 de mayo del mismo año, y dirigida á los magistrados de todas las villas y ciudades, mandando proveer alojamientos gratis para Cristóbal Colon y su comitiva, empleados en negocios relativos al real servicio.

La campaña en que el historiador sevillano da á Colon tan honrosa parte, fue una de las mas gloriosas de aquella guerra. A ella asistió la reina Isabel en persona con su brillante séquito en el cual iba aquel continuo dilatador de los proyectos de Colon, fray Fernando de Talavera, mucha parte del buen éxito de esta campaña se atribuye á la presencia y consejo de Isabel. La ciudad de Baza, que había resistido bizarramente por mas de seis meses se entregó poco despues de su llegada; y el 22 de diciembre vió Colon á Muley Boabdil, el mayor de los dos reyes rivales de Granada, entregar en persona las posesiones que le quedaban, y sus derechos á la corona á los soberanos españoles.

En el discurso de este sitio ocurrió un incidente que impresionó profundamente á Colon. Dos reverendos sacerdotes, empleados en el santo sepulcro de Jerusalem, llegaron al campo español. Traían un mensaje del gran soldan de Egipto, amenazando dar muerte á todos los de sus dominios, y destruir el Santo Sepulcro, si no desistían los reyes de la guerra de Granada. No desistieron por eso los soberanos de su intento; pero concedió Isabel una suma anual perpetua de mil ducados de oro para el sustento de los monges, que cuidaban el Sepulcro, y envió un velo bordado con sus propias manos para extenderlo sobre sus aras.

Probablemente á la conversacion de estos sacerdotes, y á la piadosa indignacion que las amenazas del soldan le causaron, se debe la generosa resolucion que tomó Colon de consagrar los tesoros que hallase en las tierras que iba á descubrir á la redencion del Santo Sepulcro de las manos de los infieles.

La agitacion y bullicio de esta campaña impidieron la conferencia dispuesta para Sevilla; y no tuvieron mejor suerte los negocios de Colon, durante los negocios que la siguieron. Fernando é Isabel entraron en Sevilla en febrero de 1490, con solemne pompa y triun-

CAPITULO IV.

INSTANCIA AL DUQUE DE MEDINACELI. — VUELTA AL CONVENTO DE LA RÁBIDA.

AUNQUE ya no esperaba patrocinio alguno de parte de los príncipes de Castilla, sentía Colon romper del todo sus conexiones con este país. Le ligaban á España lazos difíciles de cortar. En su primera visita á Córdoba se había apasionado de una dama de aquella ciudad, llamada Beatriz Enriquez. Esta inclinacion dicen haber sido una de las causas que le detuvieron tanto tiempo en España, y le hicieron llevar las continuas dilaciones que experimentaba. Como otras particularidades de esta parte de su vida, las relaciones que tuvo con la expresada señora están envueltas en la oscuridad. Parece, empero, que nunca las sancionó el matrimonio, y que pertenecía ella á una familia noble. Fue madre de su segundo hijo Fernando, despues su historiador, y á quien siempre trataba en términos de perfecta igualdad con su hijo legítimo Diego.

Repugnándole salir de España, aunque sin esperar éxito alguno de la corte, quiso Colon empeñar en su empresa algun individuo rico y poderoso. Había muchos nobles españoles que tenían vastas posesiones, y parecían pequeños soberanos en sus estados. Entre estos estaban los duques de Medinasidonia, y de Medinaceli. Ambos poseían señoríos, ó mas bien principados por la costa de la mar, y eran dueños de muchos puertos y naves. Servían estos nobles á la corona, mas como príncipes aliados que como vasallos, presentando ejércitos de sus dependientes en el campo, mandados por sus propios capitanes ó por ellos en persona. Asistían con sus armas y contribuían con sus tesoros al buen éxito de la guerra; pero mantenían celosamente sus derechos acerca de la disposicion de sus gentes. En el sitio de Málaga presentó el duque de Medinaceli voluntariamente una crecida hueste de caballeros de su comitiva, veinte mil doblas de oro, y cien bajeles, unos armados y otros llenos de provisiones de sus ricos dominios. Los establecimientos domésticos de estos nobles parecían los de otros tantos soberanos. Llenaban sus estados ejércitos enteros, y sus casas personas de mérito y caballeros jóvenes de distincion, que se ejercitaban bajo sus auspicios en las letras y en las armas.

Colon llegó primero al duque de Medinasidonia. Tuvieron muchas entrevistas y conversaciones, pero sin producir resultado alguno. Tentaron al duque por algun tiempo las magníficas anticipaciones que se le presentaban; pero el mismo esplendor de tan altas esperanzas les daba cierto colorido de exageracion; y nos asegura Gomera, de que las desechó finalmente, como los sueños de un visionario italiano.

Se acercó Colon al duque de Medinaceli, y por algun tiempo con visos de buen suceso; tuvieron varias negociaciones, y una vez estuvo ya el duque para enviarlo al propuesto viaje con tres ó cuatro carabelas que tenía listas en el puerto. Pero temiendo que tal expedicion descontentaría altamente á los reyes, desistió de ella, observando que era objeto demasiado grande para que pudiese abrazarlo un súbdito, y solo capaz de llevarse á cabo por algun poder soberano. Aconsejó á Colon que se presentase de nuevo á los monarcas, ofreciéndole la intercesion de su influencia para con la reina.

Vió Colon consumirse el tiempo, y la vida con él, en vanas esperanzas y amargos desengaños. Le repugnaba la idea de seguir la corte en todos sus incesantes movimientos. Había recibido una carta favorable del rey de Francia, y resolvió no perder tiempo en presentarse en París. Con esta intencion fue al convento de la Rábida á buscar á su hijo mayor Diego, que estaba todavía bajo el cuidado de su celoso amigo Fr. Juan Perez, proponiéndose dejarle con el otro hijo en Córdoba.

Se habían hecho preparativos para el casamiento de su hija mayor, la princesa Isabel, con el príncipe don Alonso, heredero presunto de la corona de Portugal. Las nupcias se celebraron en abril con esplendor extraordinario. Aquel invierno fue para la corte una fiesta continua, embellecida alternativamente con torneos y procesiones. ¿Qué posibilidad le quedaba á Colon de que le oyesen en estas alternativas incesantes de festividades y de guerras?

Hasta el invierno de 1491 no pudo pues obtener la tan dilatada respuesta á sus instancias. Los soberanos estaban preparándose para salir á su última campaña de la vega de Granada, resueltos á no levantar mas el campo de delante de aquella ciudad, hasta ver los pendones castellanos flotar sobre sus almenas.

Colon vió que si se llegaba la corte á poner en movimiento, finalizaban todas sus esperanzas. Instó, por consiguiente, para que se le diese una respuesta decisiva. Quizá se verificaría entonces la conferencia que el historiador de Sevilla cita como propuesta; y se reuniría de nuevo el consejo de sábios á quien se había sometido.

Lo cierto es, que por entonces fray Fernando de Talavera dió á los reyes el dictámen de aquella docta corporacion. Informó á sus majestades de que en la opinion general de la junta era el proyecto propuesto vano é imposible, y que no convenía á tan grandes príncipes tomar parte en semejantes empresas, y de tan poco fundamento.

Aunque tal era el dictámen general de la comision, Colon había causado impresion profunda en muchos de sus ilustrados miembros, que le sostenían cuanto les era dable. Fray Diego Deza, tutor del príncipe don Juan, que por su empleo y carácter eclesiástico tenía fácil acceso á la presencia real, se manifestó verdadero amigo suyo. Tambien se citan los nombres de otras personas de mucho mérito y alto rango, que favorecían su causa. La conducta grave y honrosa de Colon, su claro conocimiento en todo lo relativo á su profesion, la elevacion y generosidad de sus miras, y su enérgico modo de defenderlas, excitaban respeto á donde quiera que se le daba audiencia. Un cierto grado de consideracion se había creado gradualmente en la corte por su empresa, y á pesar del desfavorable dictámen de la docta junta de Salamanca, parecían los soberanos poco inclinados á cerrar las puertas á un proyecto que podía traerles tan importantes ventajas. Fray Fernando de Talavera recibió la orden de decir á Colon, que se hallaba á la sazón en Córdoba, que los muchos gastos y cuidados de la guerra hacían imposible entrar en nuevas empresas; pero que cuando la guerra se concluyese, tendrían tiempo é inclinacion los soberanos de tratar con él acerca de sus ofertas.

Réplica poco satisfactoria fue esta despues de tantos años de fatigosas pretensiones y ansiosas y propuestas esperanzas. Y hasta la bondad y benignidad mitigadora que pudo haber habido en el mensaje, segun le dictaron los monarcas, se perdería probablemente en el helado conducto por donde llegó á Colon. Este, por su parte, decidido á no recibir la contestacion definitiva de los labios de un hombre que siempre se le había mostrado adverso, se presentó á la corte de Sevilla para oírle de los monarcas. Su réplica fue virtualmente la misma no pudiéndose comprometer á entrar por entonces en la empresa, pero dándole esperanzas de patrocinio cuando se vieran libres de los cuidados y gastos de la guerra. Colon consideró estas indicaciones como un modo evasivo de librarse de sus importunidades; suponía á los soberanos desanimados por los reparos de los ignorantes y de los presumidos, y abandonando toda esperanza de auxilio del trono, volvió la espalda á Sevilla, lleno de indignacion y de amargura.

Cuando el digno sacerdote vió llegar á Colon de nuevo á las puertas de su convento, despues de casi siete años de pretensiones, y advirtió por la humildad de sus vestidos la pobreza y desengaños que habia experimentado, no pudo menos de llenarse de pesar; pero cuando supo que abrigaba el viajero intenciones de abandonar á España, y que tan importante empresa iba á perderse para su patria, se escitó poderosamente su ánimo, llamó á su amigo el docto físico Garcia Fernandez, y tuvieron nuevas consultas sobre el plan de Colon. Pidió tambien consejo á Martin Alonso Pinzon, cabeza de una familia de opulentos y distinguidos navegantes de Palos, célebres por su experiencia práctica y por sus osadas expediciones. Pinzon dió al proyecto de Colon su aprobacion decidida, ofreciéndose á entrar en ella con bolsa y persona, y á costear los gastos de Colon en una nueva solicitud á la corte.

Fray Juan Perez se ratificó en su favorable opinion, por la concurrencia de ambos consejeros teórico y práctico. Habia sido anteriormente confesor de la reina, y sabia que esta era princesa accesible siempre á las personas de su sagrado carácter. Propuso escribirle inmediatamente sobre el particular, y pidió á Colon que dilatase su viaje hasta la recepcion de la respuesta. Colon cedió fácilmente, porque sus relaciones de Córdoba, le habian unido á España; y le parecia que al salir de ella abandonaba de nuevo sus lares. Tambien temia renovar en otras cortes las vejaciones que habia experimentado en España y en Portugal.

Consintió Colon en detenerse, y entonces el pequeño consejo volvió los ojos en busca de un embajador á quien encargar de una mision importante. Escogieron para ello á un tal Sebastian Rodriguez, piloto de Lepe, y uno de los mas expertos y considerados personajes de aquella vecindad marítima. La reina estaba á la sazón en Santa Fé, ciudad militar que habia erigido en la vega frente de Granada, despues del incendio de los reales. El honrado piloto desempeñó fiel, espedita y venturosamente su embajada. Halló acceso á la benigna princesa, y entregó la carta del religioso. Isabel habia ya estado favorablemente dispuesta á la proposicion de Colon; habia ademas recibido otra carta recomendándole del duque de Medinaceli, escrita al concluir su reciente negociacion con el extranjero. Contestó pues á Fray Juan Perez, agradeciéndole sus oportunos servicios, y pidiéndole se presentase inmediatamente en la corte, dejando á Cristóbal Colon, con buenas esperanzas hasta recibir nuevas órdenes. Esta carta real vino al cabo de catorce dias, por mano del mismo piloto, y llenó de alegría á la limitada junta del convento. Apenas la recibió el generoso sacerdote, ensilló su mula, y salió casi á media noche para la corte. Viajó sin séquito alguno por los países conquistados de los moros, y llegó á la recién erigida ciudad de Santa Fé, donde estaban los soberanos dirigiendo en persona el asedio de la capital de Granada.

El carácter sagrado de Fray Juan Perez le proporcionó pronta entrada en una corte distinguida por el celo religioso; y una vez admitido á la presencia de la reina, su antigua dignidad de padre confesor le dió grande libertad de consejo. Defendió la causa de Colon con característico entusiasmo; hablando por ciencia propia de sus honrosos motivos, sus conocimientos y experiencia, y su perfecta capacidad para acabar aquella empresa: representó los sólidos principios en que esta se fundaba, las ventajas que acarrearía su buen éxito, y la gloria que derramaría sobre la corona española. Probablemente no habia Isabel oido nunca la proposicion defendida con tan sincero celo, y tan impresiva elocuencia. Y como era naturalmente mas sensible y generosa que el rey, y mas susceptible de nobles y elevados impulsos, sur-

tieron efecto en ella las instancias de Juan Perez, ardentemente apoyadas por su favorita la marquesa de Moya, que entró en este negocio con el desinteresado y persuasivo entusiasmo de su sexo. La reina pidió que se hiciese volver á Colon; y con la próspera consideracion que la caracterizaba, recordando su pobreza y humildes ropas, mandó que se le adelantasen veinte mil maravedises en florines, con que se comprase una *bestiezucla*, para el viaje, y se proveyese de trajes decentes con que alternar en la corte.

No perdió tiempo el buen sacerdote en comunicar el resultado de su mision, enviando el dinero y una carta, por mano de un vecino de Palos, al físico Garcia Fernandez, que se los dió á Colon. Este cumplió desde luego con las instrucciones que se le daban: cambió sus gastados vestidos por otros mas propios de la esfera cortesana, compró una mula, y emprendió con reanimada esperanza otro viaje hácia el campo militar que asediaba á Granada.

CAPITULO VII.

INSTANCIA A LA CORTE AL TIEMPO DE LA TOMA DE GRANADA.

(1492.)

Cuando llegó Colon á la corte experimentó un recibimiento favorable, y se hizo cargo de él su constante amigo Alonso de Quintanilla, el contador general. Pero el momento era demasiado agitado para poder dar inmediata atencion á sus negocios. Llegó á tiempo de presenciar la memorable rendicion de Granada á las armas españolas. Vió á Boabdil, el último de los reyes moros, salir de la Alhambra, y entregar las llaves de aquella sede favorita del poder sarraceno; mientras el rey y la reina, con toda la hidalguía, grandeza y opulencia españolas, se adelantaron en alta y solemne marcha á recibir este signo de sumision. Fue aquel uno de los triunfos mas brillantes de la historia de España. Despues de cerca de ochocientos años de penosa lucha se arrojó por tierra la media luna alzando la cruz en su lugar, y plantando el estandarte español en la torre mas alta de la Alhambra. La corte toda y el ejército se abandonaron al júbilo. Llenaban el aire los vivas y gozosa gritería, los himnos de la victoria, y los cánticos en accion de gracias. Por do quiera se veian el regocijo militar y las oblaciones religiosas; porque no era aquel triunfo únicamente de las armas sino tambien de la cristiandad. El rey y la reina iban en medio con inusitada magnificencia, y todos los ojos los miraban como mas que mortales, como enviados del cielo para la salvacion y reedificacion de España. Brillaban en la corte los mas ilustres campeones de esta nacion guerrera y de aquella activa época; la flor de su nobleza, sus mas dignos prelados, sus mas célebres vates y trovadores, y toda la comitiva de una edad romántica y pintoresca. Todo era esplendor de armas, todo crugir de sedas y brocados, todo festividades y música.

Si deseamos ver una pintura de nuestro navegante en aquel teatro de triunfo y brillantez, un célebre escritor de nuestros dias nos la presenta. «Un hombre oscuro y poco conocido seguía á la sazón la corte. Confundido en la turba de los importunos pretendientes, apacentando su imaginacion en los rincones de las antecámaras con el pomposo proyecto de descubrir un Nuevo-Mundo, triste y despechado en medio de la alegría y alborozo universal, miraba con indiferencia, y casi con desprecio, la conclusion de una conquista que henchia de júbilo todos los pechos y parecia haber agotado los últimos términos del deseo. Este hombre era Cristóbal Colon.»

El momento habia llegado, empero, de que los monarcas atendiesen, segun lo habian prometido, á su propuesta. La guerra de los moros estaba terminada, la España libre de estos invasores, y sus soberanos podian con seguridad volver la vista á empresas ex-

trangeras. Le cumplieron á Colon su palabra. Se destinaron personas de confianza para negociar con él, y entre otras á fray Fernando de Talavera, que por la reciente conquista habia ascendido á arzobispo de Granada. Pero al principio mismo de la negociacion se levantaron inesperadas dificultades. Tan plenamente convencido se hallaba Colon de la grandiosidad de su empresa, que no queria escuchar sino condiciones soberanas. Era su principal estipulacion que se le invistiese de los títulos y privilegios de almirante y virrey de todos los países que descubriera, con una décima parte de todas las ganancias del comercio ó de las conquistas. Los cortesanos que trataban con él se indignaron al oír tales demandas. Resentíase su orgullo de ver á un hombre, á quien habian considerado siempre como menesteroso aventurero, aspirar á rango y dignidades superiores á las suyas. Uno dijo con mofa que no era mal arreglo el que proponia, por el cual aseguraba de antemano la autoridad y los honores, y no se exponia á pérdida alguna en caso de frustrarse su proyecto. A esto replicó Colon prontamente, ofreciéndose á suministrar la octava parte del coste, á condicion de gozar la octava parte de las ganancias.

Sus demandas, empero, se creyeron inadmisibles. Fray Fernando de Talavera habia siempre considerado á Colon como un especulador delirante, ó como un pretendiente necesitado de pan; pero al ver á este hombre que tantos años pasara desnudo é indigente solicitante en su antecámara, revestirse de tan elevado carácter y reclamar un empleo que de tan cerca se aproximaba á la augusta dignidad real, se llenó el prelado de sorpresa é indignacion. Representó á Isabel que seria oscurecer el esplendor de tan ilustre corona prodigar así honores y dignidades á un extranjero sin nombre. Sus estipulaciones, decia, aun en caso de buen éxito, serian exorbitantes; pero si se frustrase el proyecto, se citarían con escarnio, como evidencia de la monstruosa credulidad de la corte española.

Isabel, siempre atenta á las opiniones de sus consejeros espirituales, recibia con especial deferencia las del arzobispo su confesor. Las sugerencias de este prelado oscurecieron la favorable aurora que habia empezado á lucir sobre Colon. Pensó la reina que podrian las propuestas ventajas comprarse demasiado caras. Se le ofrecieron, pues, mas moderadas, aunque altas y ventajosas condiciones. Pero todo en vano: Colon no quiso ceder en lo mas mínimo, y se cortó la negociacion.

No es posible dejar de admirar la grande constancia y la elevacion y grandeza de ánimo de Colon, despues que concibió la sublime idea de su descubrimiento. Mas de diez y ocho años habian pasado desde que le anunció su proyecto á Pablo Toscanelli de Florencia. La mayor parte de ellos los habia consumido en hacer inútiles instancias á varias cortes. ¡Cuánta pobreza, negligencia, ridículo, contumelia y desengaños no sufriría en tan largo periodo! Nada empero podia rendir su perseverancia, ni hacerle descender á estipulaciones que consideraba indignas de tal empresa. En todas sus negociaciones se olvidaba de la oscuridad presente, y de la presente indignidad; su fervorosa imaginacion realizaba ya la magnitud de los futuros descubrimientos, y sentia profundamente que estaba negociando acerca de imperios.

Aunque habia gastado tan grande porcion de la vida en infructuosas solicitudes; aunque era de temer que la misma fatigosa carrera le esperase en cualquiera otra corte, se indignó tanto al considerar los repetidos desengaños de que habia sido víctima en España, que resolvió abandonarla, antes que comprometer sus demandas. Despidiéndose por lo tanto de sus amigos, montóse en su mula, y salió de Sta. Fé al principio de febrero de 1492, camino de Córdoba, de donde pensaba partir inmediatamente para Francia.

Cuando los pocos amigos que creian con celo en la

teoría de Colon, le vieron verdaderamente determinado á abandonar á España, se llenaron de sentimiento, considerando su partida como una pérdida irreparable para la nacion. Contábase entre estos Luis de Santangel, receptor de las rentas eclesiásticas de Aragon, que determinó hacer un osado esfuerzo para impedir el mal, si era posible. Obtuvo inmediata audiencia de la reina, acompañado de Alonso de Quintanilla, que le ayudaba ardentemente en todas sus pretensiones. La exigencia del momento le dió audacia y elocuencia. No se limitó á súplicas, sino que mezcló con ellas casi reconvenções. Expresó su admiracion de que una reina, que tan alto ánimo habia manifestado al acometer tantas, tan grandes y tan peligrosas empresas, dudase entrar en una de insignificante coste y de incalculable ganancia. Le recordó cuánto habia hecho por la gloria de Dios, la exaltacion de la Iglesia, y la extension de su propio poder y dominio. ¡Qué fuente de arrepentimiento para ella, de triunfo para sus adversarios, y de dolor para sus amigos, si otro poder acabase aquella empresa que ella habia desechado! Habló de la fama y señorías que varios príncipes lograron por sus descubrimientos; y le hizo ver que tenia entonces medio de sobrepujar la gloria de todos ellos. Suplicó á S. M. que no creyese por la palabra de los letrados, que era el proyecto en cuestion sueño de un visionario. Vindicó el juicio de Colon; y lo practicable y sólido de sus planes. Tampoco, dijo, si se frustrasen recaeria descrédito alguno sobre la corona. Una duda cualquiera, en materias de tal importancia, debe esclarecerse á toda costa, porque es de ilustres y magnánimos príncipes investigar semejantes cuestiones, y explorar las maravillas y secretos del universo. Aludió al liberal ofrecimiento de Colon de entrar en la octava parte de los gastos, añadiendo por fin, cuán nimio era el coste de aquella empresa reducido á tres mil coronas y dos bajeles.

Este y otros muchos argumentos presentó con el persuasivo poder de un honrado y sincero celo. La marquesa de Moya, se dice, usó tambien de su elocuencia para persuadir á la reina. El generoso ánimo de Isabel se inflamó al fin, como si la empresa hubiera entonces aparecido por primera vez en su mente en el verdadero punto de vista, y pronunció su resolucion de protegerla.

Todavía hubo un momento de duda. El rey miraba con frialdad aquella negociacion, y el tesoro real estaba absolutamente agotado por la guerra. Se necesitaba tiempo para llenarlo. ¿Cómo podía la reina girar sobre una caja vacía, para medidas á que su esposo se manifestaba adverso? Santangel observaba esta suspencion con trémula ansiedad. Pero no le duró mas que un momento. Con entusiasmo digno de ella misma y de la causa que patronizaba, exclamó Isabel: «Yo entro en la empresa por mi corona de Castilla, y empeñaré mis joyas para levantar los fondos necesarios.» Este fue el mas noble momento de la vida de Isabel: por él durará siempre su nombre, como patrona del descubrimiento del Nuevo-Mundo.

Santangel deseando aprovechar este generoso impulso, hizo presente á S. M. que no tenia para qué empeñar sus joyas, porque él estaba pronto á proveer las sumas necesarias. Su ofrecimiento se aceptó gustosamente; los fondos en realidad los suministraron los cofres de Aragon; diez y siete mil florines se adelantaron por Santangel del tesoro de Fernando. Aquel prudente monarca, empero, no se olvidó de indemnizar á su reino algunos años despues; porque en remuneracion de este préstamo, una parte del primer oro traído por Colon del Nuevo-Mundo, se empleó en dorar las bóvedas y techos del real estrado del alcázar de Zaragoza, antiguamente la Aljafería ó mansion de los reyes moros.

La reina despachó un mensajero á caballo con to-